

ENSÉÑAME CÓMO AMAR

Aurora

Image not found.

Capítulo 1

Desde el otro lado del muro, y a un paso de caer al vacío, el aire gélido empuja mi cuerpo contra la baranda y alborota mi cabello como un último intento por mantenerme con vida. Mis manos aprietan con fuerza la barra metálica al tiempo que miro el río gélido discurriendo bajo mis pies. A esas horas de la noche no hay nadie que me salve, la carretera está vacía y lo único que se escucha es el sonido de los carros derrapando a lo lejos. El humo blanco que sale disparado de mi boca y el sonido de la nieve crujiendo bajo mis pies, es lo único que me hace dar cuenta de mi existencia "no estoy muerto" pienso "aún no". A pesar de estar parado justo en la línea de la muerte, no tengo miedo. Mi corazón sigue latiendo como siempre y mis respiraciones, a pesar del frío, son acompasadas. A lo mejor es porque mi cuerpo se ha acostumbrado a mis intentos por autodestruirme, o acaso, ha adquirido una fe inquebrantable de supervivencia. Como sea, tal vez ese atisbo de fe es lo único que me queda pues hace mucho tiempo dejé de creer en mí mismo.

En este momento, no se me ocurre ninguna mierda que valga la pena. ¡Cómo me gustaría que en este momento mi mente se atiborrara de proyectos e ilusiones como hace algunas semanas! Pero lo cierto es que mi cerebro se encuentra confundido y lo único que se repite dentro de él son pensamientos negativos. Las luces del puente siguiente, brillan como un arcoíris suspendido en medio de la noche y las sombras de los gigantescos edificios se pierden más allá del horizonte. Como un enigmático contraste, el río Han cruza la capital arrastrando las penas y sufrimientos de sus habitantes, mientras que los edificios crecen aún más altos como si quisieran traer alguna esperanza desde las estrellas.

Levanto mi pierna izquierda y la dejo flotando sobre el vacío. Mi cuerpo se balancea un poco en el filo del puente y, finalmente, logro sentir una presión en el estómago. De nada sirven los mensajes que alumbran en medio de la noche sobre la barra del puente: "olvidalo todo" "mañana sale el sol" ¡Qué tontería! ¡Como si con aquellas palabras pudieran desaparecer mis tristezas y mis manías! ¡Cómo si con ello pudiera dejar de sentirme un monstruo! Yo... sólo quiero que estos sentimientos caigan al fondo del río y se alejen para siempre. Cierro mis ojos para verla de nuevo como un último deseo. Su sonrisa es lo primero que aparece, brillante y refrescante como una limonada en una tarde de verano. Luego, su rostro pequeño y delicado junto con sus ojos grandes de color chocolate. El aire gélido me despierta de la calidez de su recuerdo. Y entonces comprendo que siempre he mantenido mi vida al borde del precipicio, siempre luchando por no caer al vacío, y finalmente, había llegado el momento en que ya no podía aguantar más mis propios periodos de oscuridad y emociones deshilachadas. ¿Tendría algún sentido quedarme a su lado? ¿Sería feliz con un ser como yo? Sé muy bien que ya no tengo salvación y no puedo desearle una vida complicada a quien llegó a aceptarme mejor que nadie.

Yo... no quiero ser una carga nunca más... quiero terminar todo y empezar de nuevo... si... quiero empezar de nuevo. Ahora, no hay nadie que venga a salvarme. Perdóname, Diana, nunca te dije que fuiste lo mejor de mi vida.

Y sin pensarlo dos veces, suelto mis manos de la barra y doy el paso decisivo hacia adelante. Pero algo me detiene de repente y mi espalda siente de nuevo el frío metal. Abro los ojos y me doy cuenta de que no se trata del viento, sino de un par de brazos los que me devuelven la vida...

Capítulo 2

Diana espera a su novio en una silla del aeropuerto de Incheon, en Corea. Sus piernas se mueven desesperadamente de arriba abajo, mientras intenta matar el tiempo contando los miles de zapatos que vienen y van, de un lado a otro, como olas que se pierden entre los equipajes. Ella mira el reloj continuamente. Una, dos, tres horas. Una, dos, cinco llamadas sin respuesta.

- ¿por qué no contesta?! – le reclama a su móvil aunque no puede evitar sentirse preocupada - ¿le habrá pasado algo?

Después de un tiempo, se levanta resignada de su asiento y recoge el equipaje del suelo. “Ya no importa, puedo irme sola” se dice a sí misma y esboza una débil sonrisa tratando de disimular su decepción.

En el camino a la salida, Diana se da cuenta de la cantidad de rostros tristes y felices allí reunidos. Los sonidos de reencuentros y las lágrimas de emoción le regresan la imagen de sus padres despidiéndose de ella como si no hubiera un mañana. Su madre, anegada en lágrimas, le da la bendición por enésima vez en el corredor del aeropuerto, mientras su padre, la mira fijamente como si dibujara un retrato de ella para sí mismo. Diana acelera el paso tratando de ahogar el nudo que comienza a formarse en su garganta, y como una conexión mágica, una llamada de su madre entra al instante.

- Hola mamá – contesta Diana tratando de sonar lo más normal posible.
- ¡Hija! ¿ya llegaste? ¿estás bien? ¿has comido algo?
- Si mamá, ya llegué, estoy bien, comí algo antes de aterrizar.

Al otro lado de la línea se escucha un suspiro de alivio.

- Qué bueno. ¿ya estás con Miguel?

Diana duda por un segundo. No puede decirle que él no ha venido, y más aún, si ha sido él la razón por la que ha viajado desde tan lejos. Si le dijera, de seguro la sermonearía con aquél tonito agudo insoportable “Si ve, se lo dije, que no valía la pena dejarlo todo por ese muchachito. Pero usted es tan terca que cuando se le mete algo al oído no hay nadie que se lo saque. ¿ahora qué va a hacer? Se me regresa ya, que usted no tiene nada que hacer por allá con esos amarillos y bla bla bla” Un frío le recorre la médula. No, ella no puede saber nada.

- Si mamá, me ha estado esperando todo este tiempo.
- Tan querido. ¿está ahí? Quiero saludarlo.
- Ah... ahora ha ido por el carro mamá, no quiere que camine demasiado con esta maleta.

- Ah ya. Dale mis saludos, ahí le mandé algo contigo, recuerda entregárselo.
- Claro mamá – dice Diana quien ya no puede aguantar por más tiempo las lágrimas -Oye, te llamo más tarde, ahorita estoy un poco ocupada – dice finalmente.
- Listo mi hijita. Cuídese bien, se abriga.
- Claro ma. Te quiero mucho. Saludos a papá.

Al colgar todo vuelve a quedar en silencio. Frente a la entrada principal del aeropuerto, la brisa un poco fría de principios de primavera es la primera sensación que recibe de Corea. Sus lágrimas se secan al instante pero aún se siente el remordimiento de haberle mentado. “lo siento mamá” dice en un susurro y sin pensar demasiado, toma rápidamente el primer taxi estacionado.

El carro arranca suavemente. Diana inhala y exhala profundamente el aire un poco salado y húmedo de Seúl, y relaja poco a poco su cuerpo contra el asiento. Cierra los ojos tratando de recordar el sonido de su gente, sus amigos y sus cosas. Su corazón se arruga un poco, no puede evitar extrañar su país. Y en ese momento se da cuenta que está sola, que no tiene nada. Ahora es una pequeña hoja que vuela a azar del viento, sin timón ni brújula. No importa, lo tengo a él y es suficiente, piensa. Diana abre los ojos y mira a través de la ventanilla cómo los edificios de Seúl parecen camuflarse con el cielo nocturno. Ya no hay vuelta atrás, dice en un susurro. El taxista, ya bastante viejo, conduce despacio y en silencio entre multitudes de calles desconocidas en medio de la noche. El taxímetro aumenta cada vez y de repente Diana recuerda que no tiene muchos won en su cartera.

- Disculpe – le dice al taxista en un coreano perfecto- ¿estamos cerca de la dirección?

El taxista la mira sorprendido por el retrovisor. No esperaba tal fluidez de una extranjera, pero no le dice nada.

- A unas pocas cuadras. ¿quiere que la deje aquí?
- Por favor.

El carro se detiene en una esquina de la vía de Itaewon. Diana desciende del taxi y se estira para liberar el estrés. Lleva un jean y una camisa blanca sencilla, su cabello castaño oscuro está atado en una coleta y aparte de su bolso de cuero, lleva en el maletero todo su equipaje y los sueños de una nueva vida. Mira en redondo, la calle está atestada de restaurantes internacionales y cafeterías una detrás de otra, en hileras. A

su alrededor sólo pasan personas de traje oscuro y ojos rasgados caminando con aire cansado hacia sus casas y mujeres en mini falda riéndose y tapándose la boca con sus delgadas manos. El taxista abre el maletero y baja el equipaje. Diana abre la cartera, saca ocho billetes de 10000 won y se los entrega.

- Que tenga un buen viaje – le dice el taxista en un tono amable y le devuelve el cambio. Diana observa el dinero en su mano por instante, como si buscara en él, algo que parece pasar por alto. Él taxi arranca y en ese instante, ella lo recuerda: ¿cómo llego a mi casa?

- ¡Espere un momento! – grita mientras corre detrás del taxi. Pero es demasiado tarde, el taxi coge la curva y desaparece de vista.

Ella suspira y da una vuelta completa a su alrededor intentando ubicarse. En frente suyo hay una pequeña callecita limitada por un pequeño restaurante de mandu[1] y un almacén de ropa. A su izquierda y derecha un espacioso andén y detrás suyo una gran avenida. ¿por dónde comienzo?

Saca el celular del bolsillo y revisa la dirección de su nueva casa. Mira a un lado y después al otro. Preocupada, se muerde el labio inferior. No lo queda otra opción más que caminar por entre las calles hasta encontrarla. Fastidiada, intenta sacar la manija de la maleta pero es inútil. La mira a un lado y después al otro e intenta de nuevo. Nada, está atascada. ¡Mierda! De repente la noche parece pasar más lentamente y la callejuela, de alguna manera, se torna más infinita. Enojada por su mala suerte, se agacha y se aprieta las sienes con la punta de los dedos, tratando de pensar en alguna solución. Y en ese instante, una par de botas militares se detienen en frente suyo, primero una y después la otra. ¿Miguel? Diana sube la vista lentamente. Un jean gris oscuro y una camisilla del mismo color debajo de un grueso gabán azul oscuro. ¿Y después? Un rostro. Un rostro como los ángeles. Tan cerca, tan cerca de ella... Diana traga saliva con pesadez. Unos ojos almendrados, grandes y negros como la tinta china chocan contra los suyos.

Su respiración se corta por un instante, mientras contempla asombrada a aquél Adonis que la mira fijamente con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. Su quijada perfilada, la suave curva de sus labios carnosos y sonrosados, el ángulo agudo de sus pómulos, sus pestañas espesas y negras y una mirada profunda y fría como un lago invernal congelado. Un escalofrío recorre todo su cuerpo, y sorprendida, Diana se levanta de un salto y se aparta. Su corazón late deprisa y sus mejillas se tornan cálidas. El chico saca lentamente su mano derecha del bolsillo y señala la maleta.

- parece que necesitas ayuda.

Su voz es gruesa, fuerte, confiada. Diana se paraliza y carraspea un poco la garganta para aclarar su voz.

- N-no, estoy bien. Todo lo que esto necesita es un poco de fuerza – le dice intentando sacar de nuevo la manija con todas sus fuerzas, pero queda totalmente en ridículo. “¿qué estás haciendo? Tonta”

- Si sigues así sólo dañarás la maleta y te lastimarás las manos.

Diana se detiene y se observa las manos ya enrojecidas. Él se agacha y examina un poco la maleta por ambos lados.

- No está rota. Parece que algo dentro la atascó.

- ¿tengo que sacar las cosas?

- No creo que sea necesario

El chico se levanta y agarrando la manija con fuerza, la saca de un tirón. Diana lo mira sorprendida.

- ¡wow! ¡muchas gracias! Me has salvado de llevar cargando esta cosa por todo corea.

- No es nada. Cuídese.

Pero antes de que él continuara su camino, Diana recuerda algo y lo detiene del brazo.

- ¡espere! – Él regresa su mirada. Diana se avergüenza un poco y suelta su brazo de inmediato – pues... verás... estoy un poco perdida ¿podrías ayudarme con esta dirección? Lo siento mucho.

El chico se acerca, repasa las notas y luego la observa fijamente como si quisiera buscar algo en su interior. Su mirada es tan profunda que a Diana se le dispara el corazón y hecha un manojito de nervios, desvía la suya. El chico no dice nada, y en cambio, empuja la maleta un poco hacia atrás y se adentra con ella por la callecita.

- Espera, ¿va a acompañarme? – le pregunta ella tratando de seguir sus pasos.

- Si le digo por dónde ir, tal vez se pierda. Sólo recuerde bien por dónde vamos.

- Ah, no tiene que hacer eso. Puede decirme el camino y lo encontraré sola. No quiero gastar su tiempo.

- El camino es un poco complicado ¿quiere llegar algún día a casa?

- Sí, pero...

- Tengo tiempo de sobra, no se preocupe.

En el camino, y de vez en cuando, Diana se vuelve hacia él intentando consumir aquél corto instante. Lo mira en detalle. Es un hombre joven, tal vez unos veinte años, alto y esbelto, con una mirada profunda y un perfil bien tallado. Su cabello es de un tono rojizo con un corte profesional y su apariencia es similar al de un modelo de pasarela. No, no similar. Sin duda, cualquier modelo en el mundo hubiera vendido su alma al diablo por tener un rostro como aquél. Diana lo imagina con su cabello tirado hacia atrás, un traje haute couture y una bella rubia a su lado. Si, definitivamente es de ese estilo. Y también posee un aura imponente e irreal, como un rayo de luz que se expande por cada rincón del universo. Porque su belleza roza el umbral del orgullo y desborda todo cuanto Diana considera concebible. Pero todo es real, él lleva su maleta y ella, tan común y corriente, camina a su lado por una calle que huele a kimchi y a soju.

- ¿recuerda la ruta? – le dice él con la mirada fija en el camino
- ¿eh?... - Diana despabila y se da cuenta que ha caminado distraída todo ese tiempo - ¡ah!... claro, ino es tan difícil! – miente avergonzada.

En silencio, siguen caminando unos minutos más sobre una pequeña loma. Bordean algunos restaurantes y bares clandestinos cuyos letreros yacen cubiertos de hollín, siguen derecho por otras tantas tiendas de ropa y uno que otro pequeño motel. Diana mira absorta todo a su alrededor y siente que se acaba de adentrar en una Corea oculta de los grandes y modernos edificios de la avenida principal. Al poco tiempo, se detiene frente a un edificio blanco de siete plantas casi al final del camino. El edificio no parece antiguo, pero luce bastante viejo y desgastado. La planta baja es un parqueadero abierto abarrotado de carros y bicicletas de todo tipo y tamaño. Tras franquear la puerta metálica de la entrada, entran a un pequeño y oscuro recibidor. Algunas macetas con frondosas plantas reposan en las esquinas y las paredes ya están descoloridas. El recibidor da la impresión de estar abandonado desde hace mucho tiempo y sobre la barra, yacen acumulados unos periódicos viejos y partes de bicicletas. Lo único que no luce desgastado son las escaleras ubicadas al fondo. El piso parece ser brillado con frecuencia y los pasamanos están limpios. El chico avanza y sube las escaleras sin ningún esfuerzo. Uno, dos... cuatro... siete pisos. En su frente no hay señales de sudor y su respiración no se escucha acelerada. Deja la maleta en el suelo.

- ¿Dónde es?

Diana revisa su celular.

- 701

En el piso siete sólo hay dos departamentos, uno al lado del otro como gemelos. El chico agarra de nuevo el equipaje y se detiene justo en el departamento frente a la escalera. Ella digita la clave en la door lock de la

entrada. La puerta se abre con un pitido de comprobación y el chico entra y deja la maleta en el recibidor.

- Muchas gracias – le dice de nuevo – perdóneme por hacerle caminar hasta aquí.
- No es nada – repite él. – los fideos de la esquina son buenos, por si te apetece comer.

Entonces vive cerca... un momento, ¿qué estás pensando? icéntrate!

- ¿ah, si? Quizá en otra ocasión, he tomado un taxi y sólo me he quedado con 2000 won. ¿sabes de alguna casa de cambio cercana?
- Caminas derecho dos cuadras y volteas a la izquierda, al lado de una pequeña tienda, encuentras una
- Derecho dos cuadras y luego a la izquierda – repite ella memorizándolo
- A propósito, ¿Quieres algo de tomar?
- No gracias, debo irme.

Y el chico sale y la roza un poco. Siente su aroma, un aroma a lluvia y limón.

- Buenas noches – le dice él con una voz gruesa y dulce a la vez y sale corriendo por las escaleras hasta desaparecer.

Diana sonrío. "Ah... ¿Cuál era su nombre?... Tonta".

El departamento es sencillo y cómodo. En la entrada, hay un pequeño espacio para guardar los zapatos tal y como muestran en las películas. El piso es de madera y las paredes son delgadas. Desde la entrada se sigue por un estrecho corredor que desemboca en una sala diminuta. Al lado izquierdo hay otro corredor, con un cuarto de un lado y el baño del otro. A la derecha, se encuentra la cocina separada de la sala por un mesón de madera. Diana abre las cortinas. La luz de las farolas logran iluminar el departamento y se da cuenta que no tiene tan mal paisaje. Los techos y azoteas de las casitas de Seúl, parecen pequeños retazos de cemento iluminados por las luces de la ciudad, y a lo lejos, la torre de Namsam emerge entre ellas como un faro de esperanza en lo alto de la montaña.

Diana abre el armario y encuentra algunos ibul[2] viejos y arrumados. Los saca y los extiende en medio de la sala agradecida de no tener que usar alguna chaqueta como cobija. Mira hacia el techo. La sombra de los carros que pasan, opaca momentáneamente la luz de la calle. Diana busca su celular y lo prende. No hay llamadas perdidas. Siente un vacío en el corazón. Ha venido tan lejos y sólo por él...¿por qué no la ha llamado? Y luego empiezan aquellas suposiciones que se hacen cuando algo va mal. Y ella supone que a lo mejor está ocupado y la ha olvidado o que se ha

quedado dormido o que está muy cansado. Mientras da vuelta a todos estos pensamientos, busca en el directorio de contactos hasta encontrar su nombre: "Miguel" Ella lo lee y lo relee, separando en su mente cada una de las letras mientras su pulgar juguetea entre llamarlo y no. Al final se decide y lo aprieta. El teléfono repica un par de veces sin respuesta "deje su mensaje después del tono" anuncia la grabación y termina con un pitido. "soy yo Diana" dice ella tratando de aguantar la rabia contenida "Estuve esperándote en el aeropuerto y ahora estoy en casa... No sé lo que ha pasado que no has podido contestar, pero al menos me hubieras dejado un mensaje ¿no? De todas maneras, llámame tan pronto como sea posible" y cuelga arrojando su celular lejos de ella, y entristecida, se envuelve dentro de las cobijas. En cuento cierra los ojos, viene a su mente la imagen de aquél chico guapo. Sus ojos negros como el azabache, su mirada profunda y fría como un lago congelado, su espalda ancha y su piel perfecta, como él. Recuerda su aroma de lluvia y limón. Un aroma que no puede ser imitado porque está perfumado de sí mismo. El chico que huele a primavera. Sonríe. Y en medio de sus pensamientos, Diana se queda dormida.

[1] El mandu es un tipo de pasta rellena muy típico de la Gastronomía de China y Corea. Tiene ciertas similitudes con los pelmeni y pierogi existentes en las culturas eslavas.

[2] Edredones a modo de colchón que usan los coreanos para dormir en el suelo.

Capítulo 3

Diana parece perderse en medio de la multitud. Todas las personas caminan a paso rápido mientras hablan por celular; otras, se desplazan entre la gente con algún expreso de Starbucks en la mano. Los claxon suenan, los rascacielos están inundados de propagandas de todo tipo de productos. Hay jóvenes con extraños atuendos repartiendo volantes a diestra y siniestra. La gente sigue adelante con sus miradas fijas en el suelo, preocupados cada uno de sus propios asuntos y aquellos que andan despacio, parecen ser arrastrados por los que tienen afán. Su nuevo trabajo no queda lejos de casa. Tal vez a unos quince minutos caminando, sin embargo, va tarde. Espera impaciente el eterno semáforo. Rojo. Verde. Diana corre tratando de abrirse paso entre las personas. Choca con alguien y siente algo caliente en su pierna. Pero no tiene tiempo, se gira y grita un "lo siento" al aire y sigue corriendo hasta un edificio moderno, con grandes ventanales a lado y lado y cubierto de enredaderas.

Las personas entran y salen como hormigas, se saludan con una pequeña reverencia y siguen su camino. En el interior todo el ambiente es cálido, luces amarillas, paredes de ladrillos, mesas de madera, puertas pesadas de vidrio. Sube las escaleras hasta el tercer piso, cruza varias mesas con personas reunidas arreglando proyectos y tableros gigantes con algunos recortes de decoraciones hoteleras. Entra en un gran espacio con más mesas y más personas discutiendo y escribiendo en sus computadoras. Al fondo, y destacando entre todas las demás, una mesa amplia llena de torres de papeles y retazos de tela por el suelo. Un hombre bajo y moreno habla por el celular de cara a la ventana. Diana se sienta en una silla al costado de la mesa y echa un vistazo a su nueva ropa pero lo primero que ve es una gran mancha de café en su falda roja. "no puede ser", piensa, e intenta tapanla con su bolso. El hombre cuelga y la mira sonriente. Tiene la piel oscura y un poco curtida y sus blancos y perfectos dientes, no parecen encajar con la forma de su cara tan grande como una tortilla.

- Ah! Usted debe ser Diana! Bienvenida. Sígame por favor – dice el hombre amablemente mientras trata de salir de la mesa abarrotada - Mi nombre es Kim Sangwoo y soy el jefe del equipo de diseño. El ingeniero Lee me habló muy bien de usted. Espero grandes cosas.

- Si, espero que en el futuro usted tenga las mismas expectativas que el ingeniero Lee tiene de mí.

El jefe kim la observa unos instantes y lanza una carcajada similar al sonido del motor de un carro viejo.

- ¿cómo está el ingeniero Lee? – pregunta el jefe kim, tosiendo un par de veces con fuerza. Diana lo mira un poco preocupada y siente el fuerte olor a cigarrillo que se desprende de su ropa.

- Divertido como siempre – responde. El jefe Kim sonríe como recordando los viejos tiempos
- Lo hubieras conocido más joven. A pesar de que ahora le falta un poco de cabello, sol a ser muy popular entre las chicas y ahora es un viejo que sólo tiene de compa a su trabajo y la bebida. Pero me alegra que se mantenga positivo después de todo.

Al poco tiempo se detienen en el lobby principal inundado de mesas y personas. Todos la observan con curiosidad y susurran entre ellos. No es común ver a una extranjera trabajando en una oficina.

- Como ustedes saben, la compa a organizó un concurso de diseño en las sedes exteriores. Hoy acaba de llegar la ganadora del concurso quien trabajar  con nosotros de ahora en adelante. Pres ntese por favor – le dice mientras señala a sus empleados
- Mi nombre es Diana. Vengo de Colombia y hace poco llegué a Corea. Espero que pueda serles de alguna ayuda.

Y finaliza con una reverencia. Todos aplauden y dicen al unísono “bienvenida”. El jefe kim le indica su nuevo puesto de trabajo. Ella se acerca, prende el computador y angustiada, sale en busca de un baño.

!La mancha es terrible!, de haber puesto atención al camino la noche anterior, no se hubiera perdido. Coge un poco de papel higiénico, lo humedece con agua e intenta limpiarse lo mejor que puede. Una chica de cabello corto y rostro delicado entra al baño y le extiende un pañuelo. Diana la observa y le sonríe.

- Gracias
- Mala suerte en el primer día  no? – le dice la chica con un tono amable.
- No s  si sea mala suerte. Estaba tan apurada para llegar a tiempo que tropec  con alguien en el semáforo.
-  te quemaste?
- No, estoy bien. Gracias.
- Es una suerte que fue en un lugar fácil de cubrir – dice ella señalando la mancha de café a un costado del muslo.

La chica sonríe descubriendo un poco unos dientes bellísimos.

- habla usted muy bien el coreano.  ha vivido mucho tiempo aquí?
- No. Es la primera vez que vengo a Corea pero lo estudio hace algún tiempo.
- Has salido vencedora en un concurso imposible de ganar y hablas coreano perfecto !Eres increíble!
- No, no es para tanto – responde Diana apenada – apenas si sobreviví a la última ronda.
- Mi nombre es Yuri Lim – dice extendiendo su mano hacia ella - De ahora en adelante será tu sunbae[1]. Si necesitas alguna ayuda no dudes en

decirme por favor.

- ¡Muchas gracias! – responde Diana estrechando su mano.

¡Qué chica tan agradable y bonita! Piensa, y le regala una sonrisa. Antes de salir, Yuri se detiene ante la entrada como recordando algo y regresa hacia ella

- Oye, por cierto... ¿Esta noche tienes algún compromiso?

- No ¿por qué? ¿Pasó algo?

- No, nada de eso. Mis compañeros y yo vamos a ir esta noche a un pequeño restaurante cerca de aquí y nos pareció que deberías ir para celebrar tu iniciación – dice Yuri con un poco de picardía

- ¿iniciación? Suena un poco tétrico.

- No te asustes, no vamos a hacerte nada extraño. Sólo vamos a tomar y comer algo ¿irás, verdad?

Diana no está muy segura, pero acepta encantada. Yuri se ríe y se organiza un poco el cabello ante el espejo.

- Entonces, nos vemos a la salida ¿sí?

- ¡Perfecto!

Una mujer delgada y con un hermoso vestido de novia con encajes, sonríe y posa alegremente junto con sus amigas. El fotógrafo se mueve de un lado a otro buscando el mejor ángulo mientras todas las chicas, en cada toma, se arreglan el fleco y hacen gestos con sus manos para hacer sus caras más delgadas. Mientras tanto, todos los hombres conversan entre ellos a un lado del estudio y uno que otro busca entre las chicas a alguna agradable. Sin embargo, todas ellas destinan sus miradas coquetas al único que no parece interesado y sólo se dedica a mirar distraído su móvil en una mesa de la esquina.

- Parece que ningún chico de aquí va a tener alguna oportunidad mientras estés aquí – le dice Sung Ho extendiéndole una copa de champán. Yoon Jae recibe la copa y sonríe.

- Cuando se cansen mirarán hacia otra parte.

- Parece que te derritieran con la mirada, es por eso que todos ocultan sus novias de ti – dice Sung Hoo divertido.

- Es verdad. Eres el único que me la mostró directamente “Yoon Jae, esta es mi chica, te mataré si la tocas” – dice Yoon Jae poniendo su rostro serio y simulando agarrar la mano de una mujer imaginaria. Sung Hoo se ríe.

- Es verdad – suspira – quien lo diría, ahora estoy casado.

- ¡Felicidades! – dice Yoon Jae extendiendo su copa hacia él – por una nueva vida

- Por un nuevo comienzo – dice Sung Hoo y choca la copa contra la de su

amigo –Por cierto, ¿aún sigues con la idea de mantenerte como un lobo solitario?

Yoon Jae bebe un sorbo de su champán mientras mira a las chicas perdiéndose en una ráfaga de flashes. No puede imaginarse a sí mismo en aquella escena, tampoco qué clase de chica llevaría al altar o si viviría para verla. Hace mucho tiempo se había resignado a la idea de estar solo y a vivir lo más que podía en el anonimato. Al menos de esa manera protegería a muchas personas de sí mismo.

- Las relaciones no van conmigo – dice al fin – prefiero ser un lobo solitario.
- Así que has escogido el camino difícil – dice Sung Hoo.
- El más seguro – le corrige – una persona como yo es mejor que esté sola

Sung Hoo se queda pensativo un momento. Las mujeres cambian de lugar una y otra vez, se arreglan el vestido y aprovechan para felicitar de nuevo a la novia.

- Si mi padre te escuchara decir eso, a lo mejor te habría echado de casa. Nunca le gustó el pensamiento que tenías de ti mismo.

Yoon Jae se ríe y bebe el último sorbo de su champán.

- Es verdad. Tu padre daba un poco de miedo, pero era un buen tipo.
- Me hubiera gustado que el viejo estuviera aquí - dice Sung Hoo y su rostro se endurece un poco – a lo mejor no hubiera venido, pero me hubiera consolado imaginarlo dentro de su casa en la montaña tallando un poco de madera.
- Hubiera venido – le dice Yoon Jae – y si no lo hubiera hecho, no estaría tallando madera sino tomando una taza de té en aquél porche y pensando en ti.
- A veces siento un poco de envidia – dice y Yoon Jae lo mira fijamente – parece que conociste a mi padre más que yo.
- No lo creo. Pero lo que sé es que, él, más que nadie en el mundo, estaría rezando por tu felicidad. Aún ahora.

Sung Hoo esboza una sonrisa nostálgica y termina de beber su champán.

- Por cierto, lamento llegar tarde. Alguien derramó el café sobre mi camisa de camino aquí.
- Si eso escuché, con tu personalidad a lo mejor saliste corriendo detrás de él.
- Sé quién fue – dice Yoon Jae.
- ¿no dijiste que fue en la calle?
- Parece que fue algo así como el destino.
- Vaya, esa persona debe tener muy mala suerte – dice Sung Hoo con una

risita - Pero lo importante es que hayas venido. Además, no importa lo que te pongas, siempre te ves jodidamente bien.

En ese momento el fotógrafo se acerca corriendo hacia ellos lleno de sudor.

- Lo siento, - les dice un poco apurado - Es el turno de los hombres ¿les gustaría pararse al lado de la novia?

Ya entrada la noche, Diana se reúne con Yuriy caminan juntas hasta un pequeño puesto de comida callejera cerca del trabajo. Es una carpa grande y modesta de color rojo con ocho mesitas metálicas y varias sillas plásticas esparcidas aquí y allá. Una mujer de edad prepara *sojimulgugi*[2] y algunos *odeng*[3] mientras que una chica más joven lleva algunas botellas de *soju*[4] a las mesas. Todos los puestos están ocupados por asalariados que buscan relajarse al final del día, y a pesar del frío nocturno, el sonido de sus risas y las copas que chocan en el aire, parecen actuar como un calefactor natural. Al fondo del local, Diana distingue a algunos compañeros de trabajo que se ríen mientras se pasan algunas copas de *soju*. En la mesa hay unas porciones de *kimchi*[5], *samgyeopsal*[6] y *tteokbokki*[7] ya empezadas. Ellas se detiene en frente de todos y, como si las conocieran desde hace tiempo, les dan la bienvenida.

Diana da una pequeña reverencia y los saluda a todos. Un chico levanta un par de maletas y se sientan juntas en el extremo de la mesa. Hablan un poco y se ríen. La presión del nuevo día de trabajo desaparece. Yuri le presenta algunos compañeros. Todos le hacen algunas preguntas de rigor sobre su país, que opina del suyo, cómo aprendió coreano y Diana les responde lo mejor que puede. Encima de la mesa, todos los platos crisan humeantes. Ella los observa con un poco de temor. Ha escuchado lo picante que es la comida coreana, su lengua se humedece y tiembla un poco. El picante nunca ha sido su fuerte, pero tendrá que acostumbrarse.

- ¡señora! - grita un joven de cejas tupidas y bastante joven - ¡traiga dos botellas más de *soju*! - y luego se dirige hacia Diana sirviéndole el poco de licor que queda en la botella - no se puede comer *samgyeopsal* si no se tiene *soju*.

- Muchas gracias - agradece Diana y antes de llevar la copa a la boca, Yuri se la arrebató de las manos.

- Espera, voy a enseñarte aquí mismo cómo se toma *soju*, sino, tendrás muchos problemas, no todos aquí son tan pacientes con los extranjeros - Diana asiente con atención y Yuri le devuelve el trago - Primero, si un mayor va a servirte una copa, debes sostenerla con las dos manos. Y en el caso contrario, si vas a servirle a un mayor, debes levantarte ligeramente y con las dos manos sosteniendo la botella, servir el licor. Segundo...

- ¡ah, qué molesto! – interrumpe un hombre gordo y de pelo crespo - ¿por qué le enseñas eso ahora? Enséñale después. Ella no ha probado bocado desde que se sentó.
- Oppa, ella debería saber eso ahora – le recrimina Yuri
- No le hagas caso – dice el hombre dirigiéndose a Diana y extendiéndole la mano – mi nombre es Kim Young Yoo. También estoy en el departamento de diseño.
- Ah, sí. Mucho gusto – dice ella respondiendo el apretón de manos.
- ¿ha probado el kimchi?
- Escuché que es picante – dice ella
- ¿no te gusta el picante? – le pregunta Yuri divertida mientras se lleva un pedazo rojo de kimchi a la boca.
- Realmente, no. Soy un poco cobarde.
- ¡qué mal! No comas, si no quieres
- No, no. Quiero comer. Viviré aquí por algún tiempo así que tengo que acostumbrarme.
- ¡Eh, Maknae[8]! – grita el chico de cejas tupidas - ¡tienes que beber y comer hoy hasta morir!
- ¡Calla, ji hoon! – le grita Yuri – debes darle tiempo para que se adapte

La joven llega poco después con las dos botellas de soju y las deja sobre la mesa. Diana se arma de valor y abre una de ellas. Todos paran de comer y la observan. Diana agarra un poco de kimchi con los palillos y sin pensarlo mucho, se lo mete a la boca. El repollo cruje en su boca. Al poco tiempo una onda de calor se expande desde su estómago hasta su boca y sus ojos se vuelven llorosos. Su lengua se retorcija y comienza a dolerle. De inmediato agarra una botella de soju y la bebe con avidez. Todos se ríen divertidos y Young Yoo le regala otra porción de arroz para aliviar el picor. Después de un tiempo, entre comida y comida y varias botellas de licor, hablan del trabajo, de los proyectos y del estilo anticuado del jefe Kim. Diana bebe tanto que no puede distinguir nada. El soju es tan suave que no tiene el sentido de la proporción y comienza a sentirse mareada.

- ¡Hyunji! – grita Ji Hoon, el de las cejas tupidas y ya rojo por el alcohol - ¿Qué tal si vamos juntos al norebang[9] a cantar algunas canciones de amor?
- ¡Es buena idea! – dice el hombre con más edad desde el otro lado de la mesa - ¡vamos todos al norebang!
- Gerente Jang ¿por qué es así? ¿por qué me roba a mi Hyunji esta noche?
- ¿"Mi Hyunji"? – exclama una chica hermosa sentada a su lado. Tiene el cabello muy corto y rojizo; los ojos grandes y el maquillaje perfecto – ¡Mi trasero! ¡ive sólo con el Gerente Jang!

Todos se ríen ante la escena y después de tomarse un par de botellas más, deciden regresar a casa. Ji Hoon y Young Yoo, cargan con dificultad al gerente Jang quien no puede sostenerse por sí mismo. Mientras Hyunji, indiferente de la situación, mira su aspecto tras el ventanal de una tienda de ropa. Diana le ayuda a Ji Hoon a llamar un taxi y entre todos

ingresan al gerente Jang en el interior. Yuri y ella se despiden y ambas, cansadas de tomar, de reír y de trabajar, deciden andar por entre calles que nadan en un mar de neón hasta llegar a casa.

- Me da mucha felicidad conocerte – le dice Yuri con surradiante sonrisa – siempre quise conocer a una latina y bailar salsa como muestran en la televisión. Pero ya ves que soy demasiado enclenque.
- ¿qué? ¡pero si eres muy linda! Si quieres bailar salsa ven a mi casa y te enseño
- ¿hablas en serio?
- Muy en serio
- ¡Eres un amor! – Y Yuri abraza a Diana quien la contempla un rato y estalla en risa.
- ¡Tu cara está tan roja! – se burla. Yuri cubre sus cachetes con la palma de sus manos.
- ¡¿En serio?! – y su cara se ruboriza más de la vergüenza
- Tengo la cara tan caliente, parecemos dos tomates asados.

Y ambas estallan en risa, avanzando en zig-zag por la calle, arrastrando sus carteras y apestando a alcohol.

- Ahora tomo un taxi hacia la estación. ¿te queda cerca? – le dice Yuri.
- No, gracias. Mi casa queda muy cerca de aquí. Cuídate mucho.
- ¿estarás bien sola?
- Vamos que no estoy borracha
- Llámame cuando llegues a casa
- Te lo prometo

Yuri toma un taxi a toda prisa, su cara se mantiene sonriente y agita su mano continuamente hasta que el taxi desaparece a lo lejos.

Está en casa. Todo está en silencio. Diana abre la ventana y prende un cigarrillo. Sólo fuma cuando se siente mal o cuando está muy feliz. No hay intermedios. Entonces piensa ¿por qué estoy aquí? Respira hondo tratando de curar el mareo del alcohol. Es verdad. Maldito idiota. Abre de nuevo su celular, pero no hay mensajes. ¿qué es esto? ¿ni una llamada? ¿ni un solo mensaje? Da la última calada al cigarrillo y lo estrella contra el marco de la ventana. Alcohol y tristeza no son buena compañía. Abre de nuevo el móvil con la intención de llamarlo, pero en la acción, su mano tiembla un poco. No quiere ser la primera en buscarlo, si en verdad desea verla tendrá que llamar algún día ¿no? Diana se siente frustrada. Los motivos por los cuales ha ido a Corea cada vez son más difusos. Parece que para él, una relación de seis años no vale nada. Diana siente un fuerte impulso de arrojar su celular lejos de allí, en donde no pueda ver aquél número de nuevo. Las lágrimas comienzan a manar de sus ojos. Y en ese instante, entra una llamada. Miguel. Ella queda viendo su número en la pantalla

como una ilusión. Ya ha sonado tres veces y como respuesta desesperada, contesta a la cuarta. Todo silencio.

- Hola – contesta ella fríamente.
- Que tal – le dice él. No, no es una ilusión – ¿estás llorando?
- No, sólo tengo un poco de gripe
- ¿ya estas mejor?
- Claro.
- Cuándo llegaste?
- Ya no importa.
- ¿estás enojada?
- ¿debería estarlo?

El chico tarda en decir algo. Parece estar pensando en algo al otro lado de la línea.

- Cariño, he estado muy ocupado con el trabajo. Pero no dejo de pensar en ti. ¿sabes cuántas veces te he pensado hoy? Más de veinte y...
- No parece que me hayas pensado mucho si me llamas dos días después de llegar
- Cariño, no pienses así. Tenía todo preparado para ir a recibirte al aeropuerto pero estoy ocupado con mi trabajo. ¿podrías entenderme? Mejor tarde que nunca
- Miguel. No quiero hablar contigo ahora.

Hubo un silencio en la otra línea. Y el sonido de los segundos siendo consumidos por su respiración pausada.

- Tienes razón. Perdóname. Prometo que no volverá a suceder. ¿ha empezado tu trabajo, no? ¿Cómo te fue?

Diana suspira profundo. No quiere empezar una nueva pelea y decide perdonarlo.

- Es un buen lugar. Mucho mejor de lo que esperaba. Mis compañeros de trabajo son agradables.
- Parece que has empezado con el pie derecho – se ríe él en la otra línea y poco a poco fue pausándola hasta que sólo reinó el silencio - Te extrañé – dice él de repente.

El cuerpo de Diana tiembla un poco. El mareo desaparece de repente y el aire fresco comienza a circular de nuevo en sus pulmones. “¿te extrañé?” si tanto la extrañaba ¿por qué no fue al aeropuerto a recibirla?, ¿por qué no la llamó?”... Siente un nudo en la garganta pero quiere verlo. Todos sus pensamientos amargos parecen esfumarse con aquellas palabras “Te extrañé” y el motivo para venir a aquél país cobra sentido.

- Yo también – responde ella.

Lo dice de corazón.

- ¡veámonos! ¿tienes algún día libre?
- Si.. ehm... el viernes por la noche está bien
- Perfecto. Te enviaré la dirección por un mensaje. Nos vemos... amor.

Ella cuelga primero y contempla el paisaje animado de Seúl. No es París, pero mientras tienes a alguien a quien amar, cualquier ciudad puede llamarse la ciudad del amor.

[1] Expresión utilizada hacia aquellas personas que llevan más tiempo haciendo una labor.

[2] Calamar picante con cerdo salteado

[3] Pastel de pescado o embutido de pescado.

[4] Aguardiente coreano

[5] Col fermentado

[6] Rebanadas de carne aliñada y a la parrilla la cual se envuelve en una hoja de lechuga.

[7] Pasta de arroz, carne, huevos, condimentos y salsa picante.

[8] la persona con menos edad o experiencia dentro de un grupo de personas, el "hermano" o "hermana" menor.

[9] Karaoke coreano.

Capítulo 4

Mei nada por debajo del agua y emerge a poca distancia de él. El único eco en la piscina del hotel que se escucha es el de la bocanada de aire que toma antes de sumergirse de nuevo. Miguel observa las piernas de Mei moverse como sirena debajo del agua y su cabello negro y lacio meciéndose como algas al compás de sus movimientos.

¿aún queda vino en la botella? – le dice Mei con un excelente inglés y echándose su pelo hacia atrás.

Ya no queda – le responde él – el último sorbo es el que tengo en esta copa.

Y le enseña la copa casi vacía que sostiene en su mano. Mei estira su mano para agarrarla pero Miguel extiende el brazo lo más alto que puede y la copa queda tan arriba que Mei no puede alcanzarla.

¿qué haces? – Mei se ríe e intenta saltar lo más alto que puede pero no logra cogerla - ¡vamos, dámela!

¿por qué te daría yo el último sorbo de vino que me queda?

Sabes que me gusta el vino

Y entonces...

Sé que al final me la darás

No se da nada gratis en la vida

¿qué quieres?

¿qué me darás?

Mei se acerca un poco más y le rodea el cuello con sus brazos. Lo mira fijamente, con malicia. Miguel se siente emocionado. Puede oler el aroma a jazmín de Mei ¡si Diana tuviera algún olor sería maravilloso! Si... las cosas serían muy distintas. Posiblemente no estaría en ese momento con Mei sino en los brazos de Diana, extasiándose en el aroma de su pecho. Sostiene a Mei por su pequeña cintura y acerca sus labios a los de ella. Un beso suave con un toque a cloro del agua. Un beso fresco. Y Miguel se siente extraño. No siente culpa.

Miguel le sonrío y le entrega la copa de vino. Mei, en un solo trago, lo termina y deja la copa en el borde de la piscina.

Como siempre, eres tan buen negociante. Eso es lo que más me gusta de ti.

No soy tan bueno como ustedes.

No. No. Hacer negocios con nosotros no es fácil, exigimos muchas cosas, siempre queremos ganar en casi un 90 por ciento. Somos cuidadosos y escurridizos. Pero tú... tú no paraste aquella vez en Shanghai, mi abuelo trataba de ofrecerte cantidad de cosas y tú siempre respondías. Era como ver a dos serpientes atacándose una a otra.

¿quién crees que va a ganar?

Está en un empate. Ya no es una situación que se pueda medir con la fuerza o la resistencia. Ahora es quién de los dos tiene el mejor As bajo la manga – dice Mei a la vez que juega bordeando con el dedo la base de la copa.

¿estarás de mi lado?

Mei no responde. Avanza hacia él mirándolo directo a los ojos y lo besa de nuevo.

Esa lucha no depende de mí – le dice

Miguel, como siempre, no puede delatar nada en los ojos almendrados de Mei. En su mirada no hay expresiones, como si su pupila fuera una réplica del muro de Berlín. Lo que hay detrás es un completo enigma ¿será aliada? ¿será enemiga?. Mei, sale del agua y camina hacia la silla donde hay dos toallas dobladas y unas batas de baño. Miguel la mira marcharse sin hacer ningún movimiento. Desde lejos, Mei parece una actriz de Hollywood pero más altiva, más orgullosa. Mei, aunque no sea la belleza mundial de China, posee algo cautivador y embriagante. Una vez que la conoces, no puedes dejar de verla. Miguel no puede saber exactamente qué siente por ella. Fijación, lujuria, alguna extraña magia china, pero cuando está con ella, Diana parece desaparecer de su mente hasta no ser más que un espejismo o un recuerdo muy lejano.

Mei desaparece en el pasillo que conduce a los vestidores y de repente, como la llave del grifo, su verdadero yo sale a flote. ¿o será su falso yo el que corre? Miguel sale de la piscina y seca su cuerpo con la toalla. Su reloj, está a un lado. 9:00 pm. El aroma de Mei se ha impregnado en su cuerpo. Y en ese momento se siente realmente culpable. ¿pero acaso él es el culpable? La relación con Diana se había tornado monótona. Ya no había nada que descubrir el uno del otro, son casi como familia. Y hace dos años no se veían. Miguel recoge el reloj y se dirige a los vestidores. No hay rastro de Mei. Una llamada entra a su móvil

¿todavía sigues nadando? – pregunta Mei

No. Estoy cambiándome. ¿ya saliste?

Estoy en la habitación. Me ha llegado un mail. Parece que mi hermano ha llegado de improviso al hotel ¿podríamos dejar la cena para otro día? Seré buena contigo

Claro.

¿estás molesto?

No. No. Sólo estoy un poco cansado.

Mei cuelga. A la salida, la piscina parece ser más grande y el aire más frío. Así es la personalidad de Mei, como un agujero negro que lo atrae todo, distorsionándolo a su manera. Miguel sale del hotel y coge un taxi. Aunque tiene una mortal atracción hacia Mei, aún no puede confiar en

ella. Para Miguel, la vida es como los negocios, no puedes dejar ir una propuesta para tomar otra. Hay que mantener los dos mangos de la olla en ambas manos y batirlos al mismo tiempo y sólo una de ellas tendrá la mejor cocción.

¿a dónde se dirige? – le pregunta el taxista
La torre de Nansam por favor.

Capítulo 5

Viernes. Viernes por la noche. Viernes romántico, inesperado, anhelado. Diana llega al restaurante sobre la torre de Nansam. Tiene un vestido negro, strapple que acentúa sus curvas latinas y su cabello suelto cae en cascada sobre sus hombros. El lugar está lleno de gente adinerada y la vista de la ciudad es maravillosa. Diana busca a través de las mesas y lo ve allí, sentado, mirando algo en su celular para pasar el rato. Ella se acerca un poco nerviosa. Él la ve y le sonríe. Apaga su celular y lo deja a un lado, se levanta y le da un beso ligero en los labios.

¿has esperado mucho tiempo?

Cinco minutos – responde él. Esta elegante, con un chaleco negro sobre una camisa blanca. A leguas se ve que le va bien – estas hermosa- le dice

Diana sonríe. No puede imaginar algo mejor. Ver a su novio de tantos años delante de ella y tan guapo... Coge la carta y la mira de arriba abajo. El camarero se acerca y Miguel pide vino tinto junto con dos platos de pastas.

Todavía no me acostumbro a que estés aquí – le dice él de repente ¿Qué quieres decir con el “no me acostumbro”?

Hace un año que no nos vemos. Estaba enseñado a tus llamadas telefónicas. Te extrañé.

Ella sonríe.

Te seguiré llamando aquí. ¡Y mejor aún! ¡podemos vernos!

No tenías que hacer esto por mí.

¿qué cosa?

Venir aquí, a Corea. Conseguirte un trabajo y dejarlo todo...

No lo hice sólo por ti, también quería tener más oportunidad. Vos sabés como es en Colombia.

El camarero llega y sirve el vino.

¿Cómo va tu trabajo? – le pregunta Diana

Bien. Ahora estamos en un proyecto con China. Queremos expandir el mercado y el país está abriendo sus puertas.

Diana lo detalla. Sus cejas tupidas, su barba no muy larga, ojos cafés, dientes blancos, estilo, mucho estilo. No era extraño que lo eligieran para representar a una prestigiosa compañía. Como buen latino sabe cómo hablar, se expresa, mueve sus manos con elegancia y sus ojos poseen ese

brillo que encanta.

Si todo sale bien y cerramos el contrato con la compañía china – continúa Miguel – creceremos en uno o dos años, ¿no es estupendo?

Sí, es genial

Y dime ¿dónde estás viviendo?

En un barrio que se llama Itaewon. A pesar de que se ve lujoso pude encontrar un lugar agradable y a buen precio, aunque es un poco complicado llegar allí.

¿no te perdiste?

Al principio, pero un chico me ayudó a llegar allí – le responde Diana luchando por mantener la compostura ante el recuerdo de aquél rostro perfecto que dispersa sus pensamientos – de todos modos, no viviré allí por mucho tiempo ¿no?

¿qué quieres decir con eso? – pregunta Miguel endureciendo su rostro Que viviremos juntos ¿no? Eso habíamos acordado.

Miguel hace una mueca y sacude la cabeza. Deja el tenedor sobre la mesa y la mira fijamente como si tratase de encontrar las palabras adecuadas.

Creo que lo has malinterpretado

Ahora soy yo la que no entiendo – dice Diana arrugando el ceño - ¿malinterpretar?

Verás, amor, ahora tengo mucho trabajo. Siempre estoy viajando y creo que mientras me estabilizo será mejor que vivamos por separado. Podrás esperar ¿verdad?

Creí que ya estabas estable. Lo hablamos por teléfono.

Pensé que era otro tipo de estabilidad – responde él

En ese momento, Diana cierra los puños sobre la mesa. Frente a la maravillosa vista de Seul, siente como todos sus sueños se desmoronan como un castillo de naipes. ¿Cómo pudo ser tan tonta? Sintióse demasiado aturdida como para sentirse ofendida por sus palabras, agarra su bolsa y sale del restaurante no sin antes lanzarle una mirada furiosa a su novio que la mira sorprendido.

¡espera! – dice él tomándola del brazo de frente a la gran N amarilla de la entrada.

¡suéltame! – le grita Diana dando un tirón para soltarse – lo nuestro se ha terminado. Creo que aquí la única que lo está arriesgando todo soy yo ¿qué sacrificio has hecho tú hasta ahora?

Escucha. Lo siento. Sé que no es lo que habíamos acordado pero ¿podrías esperar por mí?

¿esperar? ¿sabes todo lo que he dejado ir por mantener esta relación y ahora que estamos juntos me pides que te espere aún más? ¿te divierte jugar con la gente?

Miguel da una vuelta en redondo y suspira para tranquilizarse.

Tenías razón – continúa Diana – creo que malinterpreté algo, tu amor hacia mí.

Discúlpame ¿sí? Acabamos de vernos y no quiero pelear contigo, no sabes lo mucho que te extrañé, siempre recordaba todos los momentos que compartimos juntos – dice él tomándole el rostro con ambas manos – no volveré a ser un tonto. Te lo prometo. ¿podrás perdonarme y dejar que te siga amando?

Al ver sus ojos cafés brillando en medio de la oscuridad, Diana se tranquiliza y todas las promesas y recuerdos juntos la atraviesan de lado a lado como una flecha.

No lo sé, Miguel. Todo esto es tan confuso... – admite ella sin pensarlo y con los ojos demasiado vidriosos para ver claramente.

Tratemos de relajarnos – responde él ensanchando su sonrisa – Vamos a hablar tranquilamente ¿Qué tal si damos un paseo por el río Han?

A medida que se acercan a la orilla, el viento comienza a refrescar el aire. Las risas de ambos se mezclan con aquél vientecillo de primavera y sus pasos se ven iluminados por las luces de colores que emiten los puentes sobre el río. Él sonríe y le estrecha contra su pecho. Ambos se sientan en una banquita junto a la orilla y Diana se quita los tacones que comienzan a hacerle ampolla en el talón.

Lo siento por lo que dije hace un minuto – admite Miguel – sé lo que pactamos por teléfono. Pero créeme que ahora no es el momento de que vivamos juntos. Quiero darte lo mejor, siempre lo soñé de ésa manera.

Diana suspira y mira el reflejo distorsionado de la ciudad sobre el río Han. Siente que su vida es como aquél reflejo, un telón cambiante sobre una superficie inestable. ¿Por qué no me siento segura con sus palabras?

Los primeros días que llegué aquí y no pude verte, me sentí infinitamente sola. Al mirar desde mi ventana esta ciudad tan grande hizo que mi corazón arrugara ¿qué estoy haciendo aquí? ¿por qué he venido? Esas preguntas rondaron mi mente durante algún tiempo. Pero ahora que nos hemos encontrado, se han resuelto solas. No he venido aquí por ti – aclara Diana y Miguel la observa sin decir una palabra – Al principio lo creí, pero ahora sé que si lo nuestro termina no quiero regresar a casa llorando. He descubierto que tengo ambiciones y sueños aquí también. Es una puerta que me ha abierto la vida y no quiero cerrarla.

¿Quién dice que vamos a terminar? – dice Miguel apretando la mano de Diana.

No intento decir eso. Es sólo que... pienso que crees que no puedo vivir sin

ti. Pero estás equivocado. Voy a esperar por ti pero a cambio quiero apoyo. Sé que no nos hemos visto durante bastante tiempo y que te has acostumbrado a tu vida aquí pero si no queremos perder nuestra relación, tenemos que cuidarnos el uno del otro ¿entiendes?

Miguel acaricia la mejilla de Diana y le da un beso en la frente.

No te dejaré ir – dice él mirándola a los ojos – ahora que por fin estamos juntos, es lo mínimo que podemos hacer ¿no?

Diana se sonroja y vuelve a creer en esa esperanza del amor que hace algunos días comenzaba a olvidar. Sus ojos se encuentran. Besos y más besos en medio de tantos espectadores que los observan extrañados. Algunas parejas caminan impulsadas por el amor, como ellos. Siguen hablando y se ríen recordando cada uno de los años que pasaron juntos. Él va al departamento de Diana y se dejan embriagar de amor y ella se siente feliz, plena. Se besan, dos bocas perdidas se resbalan, se encuentran, no se detienen, porque se aman.

Te he echado de menos ¿sabes? – le susurra él al oído.

Diana lo mira en medio de la oscuridad. ¿será verdad todo lo que dice? ¿cómo puedo saberlo? Una presión en el pecho la sacude de repente.

¿en serio?

En serio

Diana sonrío resignada con aquella respuesta vaga y simple. Ella le desabrocha la camisa, está decidida, hambrienta, divertida. Atrae a Miguel hacia sí ávida de deseo, su boca se entreabre exhalando leves quejidos de pasión. Y se deja ir dejándose conquistar por Miguel que conoce más su cuerpo que ella misma y continúan así, consumiéndose los minutos y desgastando sus corazones sin saberlo. Miguel, sin parar, besa con su boca ávida de deseo todos los rincones de su cuerpo. Después le aparta las manos y se monta encima de ella y la embiste mientras ella se agarra de su cintura. Ella, desde abajo, lo observa deseosa, sonrío, disfruta. Luego se mueve hacia arriba, por encima de él. Y su cuerpo recuerda aquellas noches lejanas y parecidas a ésta, pero ahora están juntos, ya no hay de qué preocuparse. Diana lo mantiene quieto, se mueve arriba y abajo, cada vez con más ímpetu y no lo deja escapar. Él le sonrío y sus cuerpos sólo se separan cuando él se corre y ella contenta, ya saciada, se derrumba a su lado.

Al despertar, Diana se encuentra sola. No hay señales de Miguel por ninguna parte ¿Acaso fue un sueño? A un lado de su ropa esparcida por el suelo, yace una carta escrita velozmente.

"Amor, siento no despedirme de ti pero no quería despertarte. Hablar contigo ha sido todo mágico y volverte a ver, una locura. Mañana tengo una reunión muy importante con los chinos y no quiero que me vean trasnochado. No te preocupes más, estaré contigo en muy poco tiempo. Te amo. Miguel".

Diana no sabe si sentirse tonta o desgraciada. A pesar de que quiere creer en sus palabras, percibe algo tan vacío en sus respuestas, que no puede evitar la sospecha de "algo más". Ella se recuesta cubriendo sus ojos con el antebrazo. Sus palabras suenan tan inciertas como las del chico que predice el clima. Otra vez, semanas de agonía sin tener noticias de él y citas clandestinas como dos adolescentes que temen ser descubiertos.

Es interesante ver como la presencia de una persona puede desolar aún la casa más estrecha. Después de que Miguel se fue, Diana sólo pudo escuchar el sonido de los carros en la vía y sentir la compañía del silencio. El tiempo empezó a correr despacio, como siempre hace cuando alguien se siente solo. Sus ojos comenzaron a humedecerse pero hizo un fuerte intento por contenerse. No hay por qué llorar. Eso la haría sentirse más débil, más sola. Se levanta y va a la cocina por un poco de soda, pero no hay nada. Ha olvidado comprar algunos víveres y decide salir a la calle. Diana camina por el callejón, suspirando, pensando, pero las ideas parecen escapársele. A lo lejos ve un dispensador de bebidas. Tantas marcas: sprite, coca-cola, fanta, algunas ni las reconoce. Mira una por una. No sabe cuál elegir. Ya cansada se decide por una coca cola. Mete las monedas en la ranura. Clinc. Funciona. Ella aprieta el botón y la lata de coca cola cae en la bandeja. Pero antes de que ella pudiera recogerla, otra mano se adelanta. A su lado, un muchacho alto, blanco, con el cabello de un tono rojizo y ese aroma... el aroma a lluvia y limón. Ella lo queda mirando atónita mientras aquél perfil perfecto abre la lata y la bebe a grandes tragos, con desenvoltura, como si sólo estuviera ejerciendo un papel para algún comercial de coca cola.

¡Oye, ¿qué demonios estás haciendo?! – le grita enojada.

El chico termina de beber la soda. Y se acerca hacia ella rápidamente hasta acorralarla contra la máquina. Ella lo mira, ahora luce distinto de aquella vez. Lleva una camisa morada oscura con algunos botones abiertos dejando entrever un pecho esculpido, unos pantalones negros y en su oreja, un pendiente de chrome hearts. El chico estampa la lata vacía contra su pecho y en la acción, la máquina se balancea un poco. Diana siente cómo aquellos ojos, tan carentes de expresión, y al mismo tiempo, tan lleno de todo; la examinan escrutadoramente. Y temerosa de perderse en ese océano de emociones, desvía su mirada y se echa a un lado, lejos de él.

Nos encontramos de nuevo – le dice con su voz hipnótica, del tono perfecto.

¿Qué demonios fue eso? – le reclama ella sin poder entender la situación. Estoy cobrando una cuenta pendiente
¿qué? ¿de qué estás hablando?
¿no lo recuerdas? – pregunta el chico al tiempo que enarca su ceja gruesa y definida.

Diana lo observa un minuto y trata de recordar pero no hay archivos en su memoria.

¿estás... cobrándome tu ayuda el otro día? – le responde finalmente

El chico la mira exasperado y da un hondo suspiro. Luego se agacha y abre una maleta deportiva que se encuentra bajo sus pies, mueve un par de camisas y algunos pantalones, hasta extraer de su interior una camisa blanca con una gran mancha café en medio.

¿Esta camisa no te refresca la memoria? – puntualiza él enseñándole la camisa.

Realmente no la recuerdo – responde Diana presintiendo que ha dejado pasar algo muy importante sin querer.

¡Sí que eres tonta! – exclama el chico indignado al tiempo que se lleva la maleta al hombro y la observa con sus ojos escrutadores y fríos. ¿qué pretende? – Bueno, no importa. Sólo alégrate de que no te cobro la lavandería.

¿Quéee acaso estás loco?! – grita Diana irritada. Uff, lo sabía, otro idiota más. Piensa mientras estripa la lata vacía entre sus manos. ¿Cómo pude pensar que aquél chico era diferente? Sólo es un maldito bastardo.

El chico sigue su camino y como si hubiese leído sus pensamientos, vuelve su rostro marmoleo hacia ella.

Se me olvidaba – añade –, de ahora en adelante, evite correr como una vaca por la calle.

Al decir esas palabras, los recuerdos vienen a ella como un flashback. La persona con la que ha chocado aquella mañana iha sido él! Se siente avergonzada, abochornada. De todas las personas del mundo ¿por qué tuvo que ser él? ¿Cómo no pudo recordarlo? Diana lo observa alejarse por la callecita con la camisa en la mano. Aún así, es un demente ¿cómo pudo decirle todas esas cosas? De seguro es un egocéntrico y malcriado. Diana resopla y arroja con fuerza la lata deforme al pote de la basura. ¿Acaso algo más puede pasarme? Primero el idiota de Miguel, y luego, aquél estúpido y sensual desquiciado.